

Conclusion. Agradecemos à Dios, cristianos, el haber velado para que la cruz de su Hijo, que los malvados habian tanto ensayado ocultar à nuestros religiosos homenajes, fuése vuelta à nuestro culto. Regocijémosnos por un acontecimiento tån feliz, y celebremos la memoria de él con piadosa alegría. Pero cuidémos, al propio tiempo, que tån grande beneficio de Dios no sea perdido para nuestra salvacion. La cruz nos há sido devuelta; honrémosla con una profunda devoción. Saludémos la imagen con respeto, cuando la encontrémos en nuestro camino. Llevémos sobre nosotros la representacion, pongámosla en nuestras casas en el puesto de honor, besémosla con frecuencia con tierna piedad. Roguémos à Santa Elena que nos obtenga de Dios el tener por la cruz una devocion semejante à la suya. Es por esta devocion, principalmente, que esta ilustre princesa se há santificado. Imitémos su éjemplo, y nos santificarémos cómo ella. Así séa.

Admirable invencion divina es la Cruz.

I. — Para inspirarnos el temor à la justicia de Dios. — II. Para inspirarnos la confianza en la misericordia de Dios. — III. Para llevarnos al amor de Dios.

Cuando sucede que alguno inventa algo nuevo y util, tenemos la costumbre de decir: Hé aquí una bella invencion. Es lo que se há dicho en particular y es lo que decimos tambien de los relojes, de se sospechase que era por odio à Jesucristo, Teodosio el joven publicó una ley que se encuentra en el *Codigo Justiniano* y que há sido sacada del de Teodosio, lib. xvi, tit. 7, ley 48 y que está así concebida: « Ordenámos à nuestros gobernadores de las provincias que impidan que los Judios, en el día de su solemnidad de Aman, quemen à un hombre átado à una cruz, no haciendo esto realmente más que en menosprecio del cristianismo. Les mandámos que prohiban à los Judios que coloquen la figura de la cruz en los lugares de su habitacion, y que se atengan à sus ritos sin mezclar para nada todo lo que redunde en me-

la polvora, de la imprenta, del telegrafo, de la electricidad, del vapor, y de cien otras cosas semejantes. Pero, qué son todos estos descubrimientos, al lado del de la verdadera cruz de Nuestro Señor Jesucristo hecha por Santa Elena, cuya memoria celebramos en este dia, y sobre todo al lado de la invencion de la cruz y del misterio de la cruz por la Santisima Trinidad! Es de esta ultima invencion, hasta entonces tenida secreta, que Nuestro Señor anuncia la proxima divulgacion y realizacion, cuando dice à Nicodemus, como leemos en el Evangelio de este dia: *Es preciso que el Hijo del hombre sea ensalzado, à fin de que todos los que crean en él no perezcan, sinó que tengan la vida eterna.* Es ella tambien que habia sido representada, como nos lo enseña expésamente Nuestro Señor, por la *serpiente de bronce que Moises habia levantado en el desierto.* La invencion misma de la cruz remontaba hasta la tarde del dia en que nuestros primeros padres acababan de perderse, con toda su posteridad, por una desobediencia ligera en apariencia, pero que no era nada menos que una criminal é ingrata insubordinacion de la criatura contra su Criador. La Santisima Trinidad se habia como reunido en un solemne consejo, y despues de haber buscado el mejor medio para guiar el pecador à su Dios y salvarle, las tres adorables Personas divinas, Padre, Hijo y Espiritu Santo, se habian puesto de acuerdo de que este medio seria la cruz, sobre la cuál el Verbo hecho carne daria su vida humana. Porque, qué era necesario para convertir al pecador y conducirlo à Dios? Tres cosas: inspirarle un profundo temor à su justicia, darle una confianza no menos grande en su misericordia, y, por ultimo, llevarle con una viva energia al amor de Dios, sin violentar, no obstante, su voluntad. Luego es lo que la cruz sola podia hacer, ó por lo menos, es lo que ella era la más propia para realizar, así como voy à ensayar explicaroslo bien en las tres partes de esta platica.

nosprecio de la religion cristiana. Si violan estas prescripciones, se exponen à la revocacion de las facultades otorgadas, y que no disfrutará más que à condicion de abtenerse de lo que les está prohibido. (Benito xiv, loc. cit. c. 7.)

I. — *La cruz es una admirable invención divina, para imprimir en nuestros corazones el temor á la justicia de Dios.* — Qué nos presenta la cruz, y qué vemos entre sus brazos? Lo que nos presenta la cruz, lo que vemos entre sus brazos, es á Nuestro Señor Jesucristo. En él, ni la sombra de una falta, ni la apariencia del mal, sinó una inocencia y una santidad perfectas, una inocencia y una santidad que sobrepujan infinitamente á la inocencia y la santidad de los santos y de los angeles, y de cualquier otra criatura que pudiese existir. Sin embargo, en qué estado vemos nosotros á Jesus en la cruz? De la cabeza á los pies, todo su sagrado cuerpo no es más que una llaga. Sus pies y sus manos están atravesados por horribles clavos que solos sostienen el peso de su cuerpo adorado, y de los clavos de sus pies y de sus manos brotan arroyos de sangre. Su costado tambien há sido abierto por una lanza, y la sangre sale igualmente en abundancia por esta abertura. Su cabeza lleva una corona de espinas, cuyas puntas han sido clavadas en su sagrada carne, y todo su rostro está inundado de la sangre que se desprende de estas heridas. Un antiguo profeta, á quién Dios habia hecho entrever este espectáculo en lejanas edades, habia exclamado que lo que le habia sido mostrado no tenia ni la forma humana. En efecto, la crucifixion, que era el más horrible de los suplicios, y reservado por los Romanos á los últimos esclavos, habia sido aplicado á Nuestro Señor Jesucristo con una dureza sin ejemplo. — Pero Nuestro Señor en la cruz no sufre solamente, en su cuerpo, las más horribles torturas que se puede concebir; sufre en su alma penas todavia más crueles, viéndose abandonado, apesar de su inocencia oficialmente reconocida por Pilatos, yá de sus jueces, yá de sus discípulos, yá de Dios su Padre mismo. Por último Nuestro Señor en la cruz sufre hasta en su misma divinidad, si puede expresarse así, sufriendo infinitamente más que en su alma y en su cuerpo, porque ella no está solamente velada, aparece cómo anonadada.

Tál es el estado de Jesus en la cruz. Pues bien, sabeis porqué está en este estado? Es porque, siendo la misma inocencia y la santidad

misma, cómo hemos dicho, há querido ocupar el lugar de los pecadores, y sufrir en su persona los castigos que ellos habian merecido, con el objeto, por un lado, de que la justicia divina fuéese indemnizada de lo que le era debido por las faltas de los pecadores, y por otro, que estos fuéesen así rescatados y restablecidos en sus antiguos derechos al cielo, que habian perdido faltando á Dios con sus desobediencias. Así, completamente justo, cómo era Jesus, Hijo unico y muy amado por Dios, desde que se hubo cargado con las faltas del genero humano, la justicia divina exigió de él todo lo que se habia obligado á pagar. Ninguna condonacion le fué hecha en consideracion á sus meritos, á sus perfecciones y á su excelencia.

Pues yo os pregunto ahora: Si el Padre eterno há ejercido tan severas venganzas con su propio Hijo, con este Hijo unico y querido, que tanto amaba y del cuál era soberanamente amado; si há tratado así á este Hijo, unicamente porque se habia constituido en garantia de los pecadores: qué no deben estos temer, es decir, los verdaderos culpables, principalmente cuando despues de haberse obstinado toda su vida en hacer el mal, caen abrumados de crímenes en las manos de la justicia divina? Si el que es arbol de vida, cargado de los frutos de todas las virtudes, há sido tan rudamente tratado, qué será del arbol muerto que no es bueno más que para arder en el fuego del infierno? La suerte que les espera es verdaderamente terrible, y es preciso, ó que no crean, ó que eviten pensar en ello, para continuar llevando su vida criminal.

Pero que los cristianos tibios y flojos no se hagan tampoco ilusiones, bajo pretexto de que Dios es un buen Padre que no quiere perder á sus hijos. Que vengan ellos tambien al pie de la cruz, y que consideren que el que en ella se encuentra es el propio Hijo de Dios. Es qué este buen Padre economiza á este amadísimo Hijo, desde que se há puesto en el lugar de los pecadores? De ningún modo, porque si es bueno, es tambien justo; y si su bondad se há satisfecho al darnos su unico Hijo para rescatarnos, es necesari-

4. Luc. xxiii, 31.

río que su justicia sea tambien satisfecha, lo que sucede con el castigo implacable y riguroso del pecado, sea el que fuere y en todas partes en donde se encuentre.

Todos, pues, tantos cómo somos, pecadores por malicia, pecadores por indiferencia, pecadores por fragilidad, penetremos bien de esta primera verdad que nos enseña la cruz, á saber, que la justicia divina se venga inexorablemente de todo pecado. Temámos, por consiguiente, esta justicia divina y evitémos el pecado para huir de sus golpes.

II. — *La cruz es una admirable invencion divina para inspirarnos la confianza en la misericordia de Dios.* — Qué es lo más propio para dar confianza á un deudor insolvente, si no es la bondad de su acreedor? Y no es cierto que, más este acreedor habrá tenido bondad y compasion por su miserable deudor, más este ultimo tendrá confianza en él?

Pues bien, nosotros tambien, somos deudores, y deudores tan miserables, que nunca nos seria posible satisfacer nuestras deudas. Cuáles son estas? Son nuestros pecados. Y cuál es nuestro acreedor? Vosotros lo sabéis, es Dios. Que una ofensa sea una deuda, es lo que proclamais vosotros mismos cuando, dirigiendoos á alguno que os há ofendido, y proponiendoos vengaros, le decis: Tu me la pagarás. Pero nuestras ofensas á Dios constituyen con relacion á él deudas que nos es imposible satisfacer. Porque, qué es lo que podrianos ofrecer á Dios que iguale al ultraje que le hemos hecho con un solo pecado? Siendo Dios infinito, nuestros pecados son ultrajes de una malicia infinita; porque es siempre la cualidad del ofendido la que sirve para medir el grado de la ofensa, lo que hace que la falta de que es objeto un rey se llame una ofensa real. Por el contrario, las reparaciones que podemos ofrecer á Dios son finitas cómo nosotros mismos, y de un valor que se mide por nuestra bajeza. Por consiguiente, no tenemos el medio de satisfacer las deudas que hemos contraido con Dios por nuestros pecados... Luego somos para él deudores absolutamente insolventes, y que puede hacernos arrojar por sus angeles en la prision del infierno, sin que tengámos motivo para reclamar nada, ni quejarnos.

Está toda esperanza perdida para nosotros? Nò, cristianos. Anticipandose á nuestras necesidades, nuestro generoso y divino acreedor há inventado la cruz para volvernos la esperanza. La cruz, en efecto, es el trono de la gracia, en dónde el buen ladron obtuvo el perdon de los más enormes crímenes, diciendo solamente: *Señor, acordáos de mí*¹; no me atrevé yo á pedir os otra cosa, porque me hé hecho indigno de todas vuestras gracias. Pero véd lo que el Hijo de Dios le contestó: *En verdad, te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso*². Porqué esta gracia tan considerable, tan pronta, tan inesperada, sinó para excitar á los pecadores á recurrir á su bondad con una firme esperanza de obtener el perdon de sus pecados, con tal que lo pidan con humildad y con el dolor que requiere el exceso de sus desordenes? *Presentémosnos con confianza delante del trono de su gracia, á fin de obtener misericordia, y sentir en este tiempo favorable los efectos de su bondad*³. « No temámos que nos rechace, dice San Juan Crisostomo; por grandes que sean nuestras deudas, Jesucristo há pagado por nosotros mucho más. Todo lo que podemos deber, comparado con lo que él há pagado, es menos que una gota de agua en comparacion con toda la del mar⁴. » « Su sangre, dice tambien San Agustin, nos purifica de todo pecado⁵; » no hay mancha tan grande que él no borre. « Señor, vos me purificaréis con vuestra preciosa sangre, y seré más blanco que la nieve. Unica fuerza de mi alma, entrád en ella, y hacédla parecida á vos, á fin de que no tenga mancha, ni arruga, estando completamente ocupada y poseida por vos. Hé ahi mi esperanza. Hé aquí lo que me dá la confianza para hablaros; y esta confianza es el motivo de mi alegría, cuando mi alegría es verdadera y legitima⁶. »

1. Luc, xxiii, 42. — 2. Luc. xxiii, 43.

3. Hebr. iv, 16.

4. Serm. 10. in cap. 5. *ad Rom.*

5. In Cant. c. 1.

6. Nouet, *Méditat.* Fête de l'Invent. de la S^{te} Croix, 2. p.

III. — *La cruz es una admirable invencion divina para llevarnos al amor de Dios.* — Lo que nos lleva á amar alguno, es évidentemente los beneficios que de él recibimos. El pobre ama la mano que le asiste, y el enfermo la mano que le cuida. Pero, si á estos beneficios el bienhechor añade su afecto, sus fatigas, si sobre todo agrega su amor, entonces qué motivos nuevos y más poderosos no suministra á su protegido para tener por él una afeccion sin límites? « Seria necesario, dice San Agustin, que un corazon fuéase duro hasta el exceso, para no corresponder por lo menos al amor que le previene, si há dejado de amar el primero ¹. »

Pues bien, cristianos, Dios há sido para nosotros este bienhechor, y lo há sido más allá de todo lo que se puede concebir. Porque lo que há hecho por nosotros, ningún otro más que él no habria podido solamente pensarlo, mucho menos querer éjecutarlo. En efecto, Dios no solamente nos há colmado de bienes y de favores, al darnos la vida, cuándo no eramos nada; no solamente nos há dado todas las cosas necesarias para sostener esta vida y hacernosla agradable, cuándo no habiamos todavia hecho nada para merecer estas nuevas gracias; no solamente há prometido á nuestros primeros padres ingratos y culpables, y á toda su posteridad, el darles un redentor, cuándo no se habian ellos hecho dignos más que de sus venganzas por sus insubordinaciones, les há dado por redentor á su propio Hijo, unico y muy amado. Hé ahí hasta dónde Dios nos há amado ². Hé ahí lo que el Espíritu Santo há inspirado al Padre hacer, y lo que el Padre há hecho. En cuánto al Hijo, él hubiérase podido rescatarnos con una sola suplica, con un solo suspiro de su sagrado corazon; pero un rescate que le habria costado tñ poco no hubiérase satisfecho á su amor por nosotros, y no nos habria hecho ver todo su afecto y toda su ternura. Es por esto que, de acuerdo con el Padre y el Espíritu Santo, quiso dar su vida, y darla en las condiciones las más cruéles. Si, en efecto, es una prueba grande de amor que un padre dé á sus hijos todo su tiempo,

1. Lib. de catechis. rudibus, c. 4.

2. Joan. III, 16.

su toda actividad, todos sus trabajos, todas sus penas; cuánto más grande no lo es; si, por salvarlos de la muerte, dá su propia vida y sufre él mismo la muerte en su lugar! Pues bien, queriendo darnos esta suprema prueba de amor, Dios há inventado la cruz, para que el Verbo hecho carne sacrificáse su vida en lugar de los hombres culpables. El Espíritu Santo, lo hé dicho yá, há propuesto este medio; el Padre no há vacilado, á pesar de su ternura por su querido Hijo, en herirle con todos los golpes que su justicia debia infligir á los culpables; y el Hijo no há rehusado el ofrecerse á estos golpes, hasta que le quitásen la vida en la cruz. Hé ahí la parte tomada en el gran sacrificio de la cruz por cada una de las tres personas de la Santisima Trinidad; y hé aqui lo que Dios há hecho por amor á nosotros, y para probarnos su ternura ¹.

1. Dios de tñl manera há amado el mundo, que le há dado su unico Hijo, para que todo hombre que crea en él, no perezca, sino que obtenga la vida eterna. I. Considerarémos que Dios nos há dado, en la persona de su unico Hijo, el objeto de su ternura y de sus complacencias. Aun cuándo Dios nos hubiérase dado todos los angeles y el universo entero, qué paralelo entre estos dones y el que nos há hecho de Jesucristo? Al darnos á su unico Hijo, nos há dado todas las cosas. Este Hijo es el unico heredero del Padre. Al darnosle, sabia bien que este heredero liberal y magnifico nos trasmitiria su herencia, y es con este designio que nos lo há dado. Al darnosle Dios, nos há dado el cielo y la divinidad misma de la cuál este Hijo muy amado nos há hecho partícipes, procurandonos la adopcion de los hijos de Dios. Qué sublimes verdades! qué bondad, qué amor! Oh! Dios mio, si me debo por completo á vos por el beneficio de mi creacion, qué os deberé por el beneficio de mí redencion, y de una semejante redencion? — II. Observémos á quién há dado su Hijo. Al mundo, á los hijos de un padre prevaricador, prevaricadores ellos mismos y manchados por mil crímenes; á un mundo rebelde á su Señor, enemigo de su bienhechor, entregado á la idolatria y á todas las abominaciones que son de ello las consecuencias. No es asi, óh Dios mio! cómo vos habeis procedido con los angeles rebeldes. Apenas hubieron consumado su desobediencia, que, por un solo pecado, un pecado de pensamiento, en un mo-

Pues podia hacer más? Nò; porque á quién dá su vida, no se puede pedir más, puesto que es todo lo que tiene. Hé aquí porque, segun el testimonio mismo de nuestro Señor Jesucristo, *no hay mayor amor que el dar su vida por sus amigos*. Pero, si el don de la vida es el hecho del mayor amor, y si el amor tiene por efecto engendrar amor en los corazones bienacidos, en proporción sin consideración á su número, á la excelencia de su naturaleza, á los grandes males que causaria sus desesperación, á los grandes bienes que habria podido causar su conversión, vos los precipitasteis de lo alto de lo cielo en un infierno eterno. Quién os impedia el tratarlos con la misma severidad? y en dónde estaríamos, si vos lo hubiérais hecho? Pero, en lugar de un castigo tan justamente merecido, nos dais á vuestro Hijo unico para salvarnos, y le entregais á la muerte por todos nosotros sin excepción. — III. Examinémos cómo Dios nos há dado su Hijo. Por completo... El don que Dios nos há hecho es sin reserva, Jesus es nuestro por completo, sus gracias, sus meritos, su vida, sus trabajos, su sangre, su muerte, su gloria, su divinidad misma. Jesus es nuestro rey para gobernarnos, nuestro maestro para enseñarnos, nuestro guia para conducirnos, nuestro jefe para amarnos. Jesus es nuestra fuerza, nuestra luz, nuestro consuelo, nuestro tesoro, nuestra alegría, nuestra vida. Jesus en la cuna se há hecho nuestro modelo, en la cruz nuestro rescate, en el altar nuestra víctima, en la sagrada mesa nuestro alimento, y en el cielo nuestra recompensa. Oh! amor divino, infinito, incomprensible! IV. Meditémos para qué fin Dios nos há dado su Hijo. Para salvarnos y hacernos gozar en el cielo de una dicha y de una vida eternas... *Porque Dios*, dice Jesucristo, *no há enviado á su Hijo al mundo para condenarle, sino para salvarle. El que créa en él no será condenado, pero el que no cree ya está condenado, porque no cree en el Hijo unico de Dios*. Dios no há enviado su Hijo al mundo para juzgarle, condenarle y castigarle, cómo merecia, sino para salvarle. El que cree en él, está libertado de la condenación y no tiene nada que temer; pero el que rehusa creer, no tiene necesidad de ser condenado, lo está ya, y permanece en la condenación, puesto que no quiere reconocer al Hijo unico de Dios, que podria solo librarle. Este nuevo crimen es mayor y sobrepuja á todos los demás. (Duquesne, loc. cit. 3. p. n. 1.-4)

ción de su vivacidad y de su grandeza, la cruz es, por consiguiente, el medio más eficaz que pudiése ser empleado para hacernos amar á Dios, puesto que es la señal del mayor amor que nos há sido testimoniado.

Ah! cristianos, nosotros amamos, con justicia y razon, á los padres que nos hán dado el ser y educado; nosotros amamos á los maestros que nos hán instruido; amamos al perro que nos acaricia, al pajarito que distrae nuestro oido, á la flor que encanta nuestras miradas; y no amariamos á Dios que nos há creado con su poderosa bondad, y rescatado con su infinita misericordia, muriendo en la cruz por nosotros! Nò, semejante dureza no podria ser más que el lote de criaturas completamente desnaturalizadas. Amémos, pues, con todo nuestro corazón á un Dios tan bondadoso y tan bueno, y vivámos, por lo menos, sirviendo con fidelidad, al que há muerto por nosotros¹.

1. Invención de nuestro amor con respecto á Dios. Es necesario que está invención sea también la cruz. Puesto que, el amor pagándose con el amor, está en el orden que el amor reconocido tome los mismos medios que el amor bienhechor. Contemplémos bien la cruz de Jesus, y acordémosnos, desde luego, de todo lo que há tenido de padecimientos físicos y morales sufridos en ella, de lo martirizado que quedó este cuerpo despues de azotado, de coronado de espinas, de clavado, quedando cubierto de laceraciones, y su alma que há estado triste hasta la muerte. Mat. xxvi, 38. Despues acordémosnos que es el mundo culpable la causa de todas estas torturas, y que, en este mundo culpable, que consideramos en conjunto, nosotros en particular somos estos criminales. Y por último, con el recuerdo que debe aumentar y coronar todas estas emociones, es la caridad inconcebible de Jesus por el mundo, en particular por nosotros, y por mí, qué le há hecho lanzarse á la cruz en donde iba á salvarme en el momento de una muerte tan cruel. *Me há amado y él mismo se há entregado por mí*, Galat. ii, 20, debemos decir también cómo San Pablo. Y qué resultará de ello, si nuestro corazón quiere ser consecuente consigo mismo, es decir, si quiere practicar lo que siente ser logico y justo! Cómo el apóstol también dirá: *Estoy con Jesus clavado en la cruz!* Galat. ii, 19.